

Biviana Hernández. *LEVANTISCA & LIBERESCA. LECTURAS SOBRE POESÍA (1981-2014)*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2021: 350 pp.

El pasado mes de septiembre se conmemoraron 50 años del Golpe militar en contra del gobierno de Salvador Allende Gossens. Aquel acontecimiento de quiebre, que no sólo hirió en lo profundo la institucionalidad republicana de nuestro país, sino que dejó en el cuerpo nacional una llaga que aún supura, fue recordado mediante la realización de una serie de actos, planificados tanto por el actual gobierno como por organizaciones variadas. Lo común pareció ser el signo de la polémica: ¿cómo conmemorar una fecha que, para algunos marcó la derrota y la tragedia, mientras que para otros signó la gloria de la salvación? No obstante, en un país dolorosamente dividido, sí hubo un lugar donde el consenso resonó: las numerosas instancias en las cuales la poesía fue la protagonista. Porque en este “país de poetas” la permanencia de ese mito de origen e identidad, la unanimidad de los reconocimientos extranjeros y la profusa publicación de una poesía que, en apariencia, es escasamente leída, son hechos imposibles de cuestionar.

En el evento central realizado en el palacio de La Moneda, el premio Nacional de Literatura 2020, el poeta mapuche Elicura Chihuailaf, recordó el metal tranquilo de la voz del presidente Allende. Pero lo que más me impresionó fue su proclama por la recuperación de la conversación, esa que ya pareciera del todo imposible en la tercera década del siglo XXI, síntoma innegable del triunfo de la ideología neoliberal y la desconfianza inoculada al alma de los chilenos por la dictadura.

Nuestros poetas claman por la recuperación; nuestros poetas escuchan la voz que viene de la tierra, que siente la nostalgia del futuro que se quebró. Y son los oídos de nuestros lectores atentos, los críticos de poesía, los que llevan al escenario público ese decir camuflado, esa voz que habla en susurros porque no todavía no logra encontrar el espacio que se les negó.

Como diría Vallejo, son pocos, pero son. Pero no los dolores, sino los críticos que han acompañado esas voces para que, gracias a la agudeza de sus lecturas, puedan resonar mejor. Pienso en la importancia radical del libro *Ciudad Quiltra*, con el cual Magda Sepúlveda Eriz hizo de la analogía con el perro callejero el retrato más fiel de la poesía chilena desde el 73.

En mis manos albergo otro de esos gestos radicales: *Levantisca & Liberesca. Lecturas sobre poesía (1981-2014)*, de la crítica literaria y académica de la Universidad de Concepción, Biviana Hernández. Hay muchos aspectos que hacen de este libro

un aporte crucial para la crítica de poesía en nuestra lengua. En primera instancia, me asalta la sorpresa de su título. Adoptado/adaptado desde un verso exasperado del chileno Rodrigo Lira, su relocalización en este nuevo contexto sugiere mucho sobre la deriva creadora de la voz/mirada crítica de Biviana Hernández. Es una crítica “levantisca”, porque ejerce su propensión a sublevarse. ¿Ante qué? Las lecturas limitadas y limitantes que se mantienen dentro de las murallas de lo limítrofe. Me explico: este libro no se limita a resaltar el valor de nuestro “país de poetas”. Antes bien, se trata de un conjunto de lecturas que dan cuenta de una biblioteca personal que se escinde de las limitaciones nacionales. Conceptos como patria, después del quiebre de los 70 y confiscados por ciertos sectores políticos, pueden sonar a pureza, segregación, distinción competitiva o, incluso, a una xenofobia que emerge en momentos como el actual. *Liberesco*: Biviana Hernández nos muestra las lecturas que ha hecho de algunos de sus libros, esos que, leyendo el particular sufijo *-esca*, juegan y parodian; los textos que Hernández sitúa como los herederos trasgresores de la tradición de la ruptura: los neovanguardistas. Y, precisamente, su rebelión de lectora rigurosa consiste en abrir sus lecturas hacia las poéticas de avanzada de Argentina y Perú para, junto a la chilena, articular una familia, o, en sus palabras, una comunidad de la lengua. Porque es, precisamente, lo común de esos proyectos de nación que fallaron, que se desmembraron, que fueron atacados en los años finales del sangriento siglo XX, aquello que le permite a Hernández, con sus gestos ético-políticos de lectura, intentar restituir la comunidad latinoamericana gracias a la creación poética y sus preguntas por el cómo, el para qué y el para quiénes la experiencia creadora tiene sentido aún.

En torno a la categoría de la neovanguardia que, luego de un exhaustivo recorrido por los principales teóricos del asunto, Hernández identifica con una estética de la “indistinción” o de la “inespecificidad”, y con la puesta en escena de ciertos recursos y estrategias (la voluntad experimental que se enfrenta a las formas artísticas institucionalizadas; la actitud subversiva y polémica contra la cultura y los valores heredados; y la fusión arte-vida que reivindica la colectividad), el libro está estructurado en tres grandes núcleos que, según un criterio flexiblemente cronológico, permiten demostrar la presencia de la pulsión neovanguardista en la poesía sudamericana como matriz de aproximación crítica a un objeto, el poema, que se ha tornado maleable, poroso y abierto. Antes que obnubilarse con dicha apertura, Hernández nos ofrece las lecturas que, en varios años de rigurosa labor como lectora de poesía, publicó en forma de artículos que hoy se reconocen como órganos que se ensamblan en un cuerpo *liberesco* y *levantisco*.

La primera serie se titula “Neovanguardias (1989-2001)” e incluye textos dedicados a aquellos poetas que mantuvieron alguna filiación con colectivos que avivaron una escena artística marcada por los convulsos escenarios que se desplegaron en la superficial y horrorosa década de los 80. Aquí están las voces de los peruanos Enrique Verástegui y Domingo de Ramos, quienes, desde su vinculación con los

colectivos *Hora Zero* y *Kloaka*, rescatan el potencial revolucionario de una poesía que, desde la calle y su lenguaje vivo, permite que el cuerpo integral de los poemas denuncie, como en cachetada violenta, las vicisitudes que padecen las subjetividades subalternas. También la de la chilena Carmen Berenguer quien, en su ligazón con la llamada *Escena de Avanzada* y, especialmente, con la desfachatez político-genérica de las *Yeguas del Apocalipsis*, alza su voz mujeril para hablar del hambre torciendo las barreras entre la letra y la imagen. La sección cierra con la radical importancia del argentino Leónidas Lamborghini que, si bien no es vinculado por Hernández con colectivo alguno, es esencial como exponente de la pulsión antropofágica que, desde el famoso manifiesto brasilero hasta la libertad voraz del escritor argentino que proclamó Borges en su célebre ensayo, en sus poemas neovanguardistas adopta la estrategia de la reescritura. Pero no sólo de referencias culteranas, sino del amplio bazar que lúdicamente Lamborghini se toma por asalto: poesía gauchesca, coloquialismo lunfardesco, jerga política, música popular.

El segundo núcleo se titula “Escrituras neovanguardistas (1981-2006)” y aborda textos de Carmen Ollé, Susana Thénon, Rodrigo Lira y Jorge Torres. Más allá de las conexiones con colectivos, estas individualidades desarrollan escrituraciones trasgresoras que, empero, no se escinden de una responsabilidad po(lítica)ética. Dicha capacidad de intervención mediante lo estético se ejecuta, según Hernández, a través de la adopción de ciertas estrategias y procedimientos creativos de filiación neovanguardista. Se trata de escrituras trasgresoras y confrontacionales. De las lecturas desarrolladas por Hernández en esta sección, destaco la desplegada por la peruana Carmen Ollé en su poemario *Noches de adrenalina* (1981), donde se escenifica la guerra abyecta de un “cuerpo-pensamiento de mujer”, como la califica Hernández, que se enfrenta a los discursos higienizantes que someten la voz mujeril en un silencio que Ollé trasgrede, aunque sea en la forma del cuchicheo. O la de la poeta “cambalachera” (Hernández), la argentina Susana Thénon, quien con la ejecución impura de su doble voz perfora, desautoriza e, incluso, encrapula las voces oficiales de la academia y la institución literaria.

Por último, el tercer acápite mayor incluye una serie de artículos que, aglutinados bajo el rótulo “Filiaciones neovanguardistas (2000-2014)”, demuestran la actualidad de las categorías desde las que Hernández ilumina el tratamiento de nuestra poesía más contemporánea. De partida, al llegar a este punto, la autora deja más que claro cómo el influjo de la neovanguardia ha llevado a una progresiva e innegable indeterminación dentro del cuerpo diverso de aquello que (aún) se considera poético. Las voces “incomplacientes” que son convocadas acá son las del chileno Antonio Silva, la peruana Victoria Guerrero y el argentino Mario Ortiz. Los tres comparten la dualidad de sus insurgencias en cuanto a lo genérico y la inserción dialógica con las tradiciones literarias con las que establecen filiaciones. Son los “hijos descarriados” que elaboran voces que hacen hablar a los subalternos, que enfrentan la violencia

política y resignifican el desecho. Pienso, concluyendo este breve repaso, en un juego de palabras que Hernández hace en estas páginas. Todas y todos los poetas que ingresan en este magnífico libro/cuaderno/dispositivo de lectura crítica se caracterizan por ser verdaderas políticas-éticas de la palabra, de la poética que desgrana ambos significantes y restituye la conexión entre arte y praxis vital y colectiva.

El aporte que hace *Levantisca & Liberesca* al discurso crítico no radica únicamente en la apertura necesaria que realiza del canon de la poesía sudamericana, o su oposición ante esfuerzos críticos que se aferran a permanecer en los límites lectores de lo local o de lo eurocéntrico. Me atrevo a decir que esta crítica se instala en el campo cultural latinoamericano desde un decir crítico coherente con sus objetos de estudio (o con esos cuerpos de palabras, imágenes, signos diversos, plurales, fluidos y nómades, como los llamaría la autora). Biviana Hernández, así, ejecuta una escritura crítica que, a su erudición, suma ciertos rasgos que me parecen perfectamente coherentes con las estrategias neovanguardistas. Es una forma de leer que, obviando los adosamientos semánticos peyorativos, me hace pensar en una crítica antropófaga. Una que no devora, sino que se nutre productivamente de las citas de su otra biblioteca, la de los críticos. Pasear por las páginas de *Levantisca & Liberesca* es escuchar una polifonía estereofónica de discursos en los que Hernández funge como una hábil directora de orquesta. O, mejor, como la crítica que samplea, que hace collage, pero sin borrar las huellas de un proceso de lectura que lee en comunidad (Lucho Chueca, Claudio Guerrero, Ana Porrúa, Florencia Garramuño, Magda Sepúlveda son sólo como algunas de las sensibilidades que participan en este coro).

Hernández lee con otras y otros, o desde otras y otros, para configurar, de esta manera, un gesto interpretativo que prolifera e invita a realizar recorridos autónomos a través del camino de la lectura de poesía, ese discurso que, para no desaparecer, ha debido negociar, escamotear, disfrazarse e, incluso, travestirse pero sin dejar de ser la voz de la libertad, la disidencia necesaria, el arte que no olvida la imperiosa necesidad de destruirse y transformarse para no anquilosarse o arrellanarse en el sillón de las formas oficiales.

Finalmente, quisiera destacar la factura material del libro. La autora, junto a la diseñadora Paulina Segura, procuró que su libro fuera un verdadero artefacto, muy al modo de muchos de los textos que interpreta. La paleta de colores que va del damasco al verde botella colorea páginas que se asemejan a un cuaderno de lecturas, ese que Biviana Hernández abre para que compartamos sus preguntas, sus disquisiciones, sus diálogos que hacen estallar las barreras genéricas e instalan la necesidad de leer textos difíciles por polivalentes, inespecíficos y liberados. Las hojas de este hermoso volumen son, así, ese mapa móvil necesario para enseñarnos a leer las formas poéticas que recién se están gestando.

Publicado durante la pandemia, empero, considero que, en el hoy de los 50 años del Golpe, la lectura de *Levantisca & Liberesca* se hace urgente. Urgente para quienes

entienden que la poesía que debemos leer/escuchar/mirar es aquella que marca, como las palabras del hambre en el poemario *Bobby Sands desfallece en el muro* de Carmen Berenguer; o la que, con su decir oblicuo, experimental e inespecífico, permite apreciar las huellas. Citando al poeta Jorge Torres “Hay que dejar evidencias./Huellas/en la tierra,/en el mar/en el cielo/señas por doquier”

Marianne Leighton
Pontificia Universidad Católica de Chile/Universidad Alberto Hurtado

